

TERCER CERTÁMEN

DE

EL DIARIO DE MURCIA

CELEBRADO EL DIA 1.^o DE SEPTIEMBRE DE 1889

Composiciones Premiadas

MEMORANDUM



MURCIA, 1889.

Imprenta de «El Diario»,
Sociedad, 10.

2427285



DMU

BIBLIOTECA REGIONAL



1533374

DMU
19675

TIT: 151346

TERCER CERTÁMEN

DE

EL DIARIO DE MURCIA

Celebrado el día 1.º de Septiembre de 1889.

COMPOSICIONES PREMIADAS.

MEMORANDUM.



MURCIA, 1889.

Imprenta de «El Diario»,

Sociedad, 10.

A mi querido amigo y
compañero D. Federico Ramera
Nellano, como un recuerdo afectivo
de nuestra franquicia y como
México

À Nuestra Señora del Carmen.

CANTO

Aut quod Aventino, quae culta est Murcia colle.
(Francisco Cascales).

I

LA VÍRGEN Y SU ESCAPULARIO

Alma celestial bendita,
dulce amor de los amores,
hermosa flor de las flores
que nunca el viento marchita,
en cuyo seno palpita
la encarnación del consuelo,
que llevas sobre tu velo
la luz del sol refulgente
mientras coronas tu frente
con las glorias del Carmelo.

—
Madre, que nunca abandonas
al que implora tu clemencia,
que con tu aromada esencia
las almas puras coronas,
que hacer la dicha ambicionas

del que á tus plantas postrado
busca el mundo deseado
que la salvación encierra
cuando se pisa la tierra
de ese tu monte sagrado.

Tú, abriendo tu corazón,
como el cáliz la azucena,
inspiraste, nazarena,
tan sublime devoción:
tú fuiste la redención
del humilde penitente
que lleno de amor ardiente
soñando glorias eternas
te adoraba en las cavernas
de los desiertos de Oriente.

En medio del cautiverio
y esclavos de pueblo impío,
hombres de ferviente brío
ensalzaban tu misterio;
y al proclamar el imperio
de tu poder soberano,
encima del mahometano
que les dió por tumba un monte
hicieron del horizonte
inmenso templo cristiano.

Allí nació aquel amor
por tu esperanza bendita,
aquella sagrada ermita
creció por tí en esplendor;
de allí partió aquel fervor
sublime, grande, profundo,
que para el alma fecundo
por su recuerdo divino
abriéndose fué camino
por los ámbitos del mundo.

Tú fuiste el brillante faro
para el monje en el desierto
guiaste su paso incierto
prestándole noble amparo:
el monte espléndido y claro
con tus perlas engalanas
y á aquellas almas cristianas
llevaste en tu ardiente anhelo
de los antros del Carmelo
hasta las costas britanas.

—
Vinieron de Palestina
aquellas santas cruzadas
que tras heróicas jornadas
ganaron la cruz divina:
ellas entre la neblina
del mar que sus piés venera
al hollar la fiel ribera
que antes las miró partir,
el viento oyeron crugir
al peso de su bandera.

—
Al ver tú la santidad
de aquellos siervos creyentes
que en sus plegarias fervientes
imploraban tu piedad;
llena de benignidad
fuiste al monte solitario
y entrando en el Santuario
de tu corte rodeada
le dejaste en su morada
tu bendito escapulario.

—
Y en aquellas soledades
y en todo el orbe cristiano
fué un prodigio sobrehumano
en duelos y adversidades;
él dominó tempestades,

paró al rayo en su camino,
áncora fué del marino,
un muro contra el incendio,
malla para el vilipendio,
cota contra el asesino.

—
En su celeste virtud
fué escudo para el soldado,
para el pobre y desahuciado
era riqueza y salud;
sembraba en la multitud
gracias con su amor bendito,
daba esperanza al proscrito,
al náufrago lo amparaba
y al pecador lo salvaba
con su poder infinito.

—
Ante su fé retrocede
la intensidad del contagio,
y hasta es tu imágen presagio
del favor que nos concede;
ante él espantada cede
la lucha de las pasiones,
contiene las tentaciones,
quita á la muerte el veneno,
roba á las nubes el trueno
y el soplo á los aquilones.

—
Por eso yo agradecido
al pueblo que te venera,
que ha alfombrado tu carrera
con flores que aquí han nacido,
con el amor que he bebido
en su suelo legendario,
hoy llego á tu santuario
lleno de fé y de alegría,
á pedirte, Madre mía,
le tiendas tu escapulario.

II

MURCIA

Nace en sus campos la primavera,
el sol anima sus frescos valles,
tiende la luna su luz primera,
brotan las flores sobre sus calles.

El Tháder manso baña sus puertas,
la arrulla el sueño con su corriente,
y abre su paso para las huertas
la tosca mole de viejo puente.

Sobre los arcos que besa el río
rompe á la noche su manto oscuro
ténue reflejo, vago y sombrío,
ante la imágen que hay en el muro.

Entre los bosques de sus jardines
alzan sus copas los limoneros,
y en las montañas de sus confines
crecen las dalias y los romeros.

Su cielo enturbian nubes de aromas,
borda sus prados blando rocío,
surcan sus vientos blancas palomas,
triscan los peces sobre su río.

Brotan sus sierras rosas silvestres,
corren arroyos entre sus faldas,
y en sus risueñas casas campestres
la madre selva forma guirnaldas.

Bajo los olmos de sus riberas
plácidas sombras brindan frescura,
las aves cantan en sus palmeras
donde la brisa juega y murmura.

Vierten sus fuentes y saltadores
perlas que esparce la brisa leve,
nunca los hielos secan sus flores,
ni en sus praderas cuaja la nieve.

Tras la arboleda que en la explanada
azota el eje de la veleta,

se alza en el fondo de la enramada
de humilde ermita la silueta.

Cruje el zumbido de sus campanas
en sus verbenas y festivos,
y hasta los hierros de sus ventanas
suben los verdes arcos triunfales.

Cuando en solemne, devoto día,
anuncia el templo sus bendiciones,
ván los cristianos en romería
á tributarle sus oraciones.

Y en dichas tantas y goces tantos,
puras y hermosas cual sus mañanas,
como sus flores llenas de encantos,
hácia ese templo ván las murcianas.

III

LAS FIESTAS DE SAN BENITO

El sol declina su frente
pálida ya y sin colores
en las sombras de Occidente,
y ván doblando las flores
su cáliz bajo el ambiente.

Los pájaros ván buscando
el nido que les dió cuna
tristes los aires cruzando,
y alumbrada por la luna
surge la noche callando.

Mientras ésta por el suelo
extiende su negro tul,
símbolo de luto y duelo,
y ostenta su manto azul
lleno de estrellas el cielo,

Vá por el puente cruzando

largo y devoto tropel
de gente que corre ansiando
entrar en el templo aquel
que está la Virgen guardando.

A veces relampaguea,
y el cielo que se encapota
candente lluvia gotea,
mientras la gente devota
por las calles serpentea.

Estas, que están adornadas
de guirnaldas olorosas
y ramas recién cortadas,
parecen grupos de rosas
por cintas verdes atadas.

El viento lleva en sus alas
perfumes y esencias puras,
voladores y bengalas,
ostentando colgaduras
las casas entre sus galas.

A las ventanas y fuentes
las plantas se ven sujetas
cual bellos prados nacies, y parecen sus macetas
jardines de ellas pendientes.

Hay pintorescos vergeles
en que conjunto divino
forman lirios y claveles
donde olvidó acaso Urbino
las tintas de sus pinceles.

En la espesura sombría
que platean los fulgores
que clara la luna envía,

unen su alegre armonía
músicas y ruiseñores.

—
En los aires los cohetes
crujen mientras que campean
en torres y minaretes
y en los árboles ondean
banderas y gallardetes.

—
Bajo los arcos frondosos
que con fajas de arreboles
forman caprichos graciosos,
penden globos luminosos
y fantásticos faroles.

—
Hay algazara, alborotos,
en la fiesta, sin que alarmen
los gritos á los devotos
que ván á cumplir sus votos
ante la Virgen del Cármen.

—
Todo es placer y contento,
todo cede ante el bendito
reflejo del sentimiento
pareciendo encantamiento
el barrio de San Benito

—
Entre el espeso ramaje
cuya brillantez realza
la luna con su celaje,
del pueblo ante el homenaje
el templo del Cármen se alza.

—
Desde el pórtico sagrado
deslumbran los resplandores
del altar engalanado
que se ostenta coronado
por ángeles y por flores.

Del trono sobre la grada
que simboliza la historia
de su vida inmaculada,
brilla su imágen cercada
por el nimbo de la gloria.

IV

LA PROCESION

Los roncós sonos de las campanas
llenan de fieles los alrededores,
arrojan flores de las ventanas,
el aire incendian los voladores.

¡La Virgen viene! gritan ufanos
los que la esperan á su salida,
cuando llevada por sus hermanos
llena las calles de luz y vida.

El pueblo corre tras ella en masa
para que á Murcia su gracia envíe,
mientras la Virgen en cada casa
fija los ojos y se sonríe.

Crecen los vivas con el estruendo,
vân las plegarias á lo infinito,
mientras la Virgen vá bendiciendo
al noble barrio de San Benito.

Antonio Alcalde Valladares.

Á la Virgen del Carmen.

(LAS FIESTAS EN EL BARRIO.)

Lema: ¡Por tí!

I

INTRODUCCIÓN

¡Múrcia! ¿duermes? Responde á mi reclamo.
Yo, el trovador que tu belleza siente,
llego á tus puertas y anhelante llamo.
Ansioso de entonar himno ferviente
traigo en la diestra la dorada lira,
que vibra con el eco del torrente
y con el llanto del dolor suspira.

Oscuro bardo, errante,
do quiera busco un átomo sonoro,
una chispa de fuego centellante;
algo en que vibre el inmortal tesoro
que esconde la belleza,
para arrancarle una canción brillante
que iguale, sin baldón, á tu grandeza.

Mas ¿dónde encontraré, Múrcia querida,
para empresa tan alta
la ardiente inspiración que me hace falta?
¿dónde la nota que á cantar convida?

Poeta, enamorado
de tu gloria y de tí, pasé mi vida
durmiendo en tu regazo perfumado,
envuelto entre tus flores,
de mágicos hechizos rodeado
y preso el corazón, por tí abrasado,
con sueños de castísimos amores.

Por tu suelo querido
he visto resbalar la forma bella
de la mujer por quien feliz he sido,
como en el ancho azul cruza una estrella.
En tu regazo suave
dulcísimas plegarias he aprendido,
como aprende sus cánticos el ave
en la mullida comba de su nido.

Consagrándote entera el alma mía,
no ví la poesía
más allá de tus vastos horizontes,
donde renace y donde muere el día
tras la gigante curva de tus montes.
Sin tí, mi corazón postrado y frío
no viera de tu río
el reflejar brillante,
ni al desprenderse en gotas el rocío
viera en cada una de ellas un diamante.
Ni en el rumor de tu frondosa vega,
que hermosa se despliega,
percibiera los sonos
de excelsas vibraciones;
sonora catarata
que en el templado ambiente
aérea se desata,
discurre sobre acacias y rosales
vibrando como liras y cristales,
produciendo en sus giros
murmullos y suspiros,

rumor de besos y de mansas fuentes,
trinos de aves, rugidos de torrentes,
roce de hojas, crugir de terciopelo,
¡gigante sinfonía
desbordada, no más, bajo este cielo
que tiene por fanal la pátria mía!

¿Dónde, pues, he de hallar inspiraciones
más que en tu seno, reina del Segura,
si el corazón te siente en su ventura
latir con sus alegres pulsaciones?

Por eso llamo á tus doradas puertas,
y reclinado en tu regazo blando,
cabe la alfombra de tus vastas huertas
para mi empresa ayuda te demando.

Deja que dentro tu mansión serena
aspire de tu ambiente
la grata esencia que el espacio llena;
que en tu albo resplandor bañe mi frente
y que el mágico son de tu armonía
inspire al alma inmortal poesía.

Hoy necesito para hacer mi canto
cuanto de bello y grande en tí se encierra:
las filigranas de tu régio manto,
las perfumadas brisas de tu sierra;
la suavidad y aromas de tus flores,
de los amantes el ardiente anhelo,
el trino de tus pardos ruisenores,
la transparencia de tu hermoso cielo.
Dámelo todo y cesen los rumores
que se alzan de tu suelo...
¡Vengan un punto á detener el vuelo
prestándome sus ecos seductores,
porque canto á la Virgen del Carmelo!

II

EL ESCENARIO.—SILUETAS.

En un confín de España que el sol ardiente dora,
sobre un jardín inmenso de austral vegetación,
do arraiga entre las flores la palma cimbradora,
gallarda surge Múrcia, gentil sultana mora
que ostenta entre sus armas un régio corazón.

Cuando la luna su ancho perímetro ilumina,
sus rayos palpitantes vertiendo encima de él,
oculta entre los pliegues de pálida neblina,
un árabe parece, tendido en la colina,
soñando con huríes, envuelto en su alquicel.

El Tháder caudaloso sus ondas vá rodando
sobre la verde alfombra de encajes y de tul,
risueño por su cáuce cantares exhalando
y limpios sus cristales un cielo retratando
lujoso de arreboles y trasparente azul.

Como cintillo enorme de plata fulgurante,
forjado con reflejos de luces de diamante,
á Múrcia el manso río divide por mitad,
ciñéndola amoroso, como rendido amante,
celoso separando del Barrio á la Ciudad.

Mas nó su afán consigue; que vence su coraje,
tendido de las ondas sobre el sutil cristal,
un puente construido de piedras y de herraje,
que forman el más ténue y el más flexible encaje
que el arte ha fabricado con rocas y metal.

Del río la corriente serena y sosegada
refleja una ribera de perenal verdor,
y huertos de naranjos de esencia regalada,
y campos como mares, donde la mies dorada

ondula y se retuerce gimiendo de calor.

Y cúpulas altivas y agujas y veletas
que fúlgidas flamean heridas por la luz,
vibrando sus imágenes al reflejarse inquietas,
de amor estremecidas porque se ven sujetas
en la región del aire por la cristiana cruz.

Por cima sobresale, con sin igual audacia
lanzada á las regiones del mundo sideral,
donde con nubes juega y entre la luz se espacia,
modelo en proporciones, prodigio por su gracia,
la torre de la vieja y altiva Catedral.

Ciñendo sus cortornos, como diadema blonda
dorada por los rayos del rutilante sol,
de la ciudad las calles girando á la redonda,
se enroscan y se aprietan y forman la ancha onda
que encierra lo más bello del ámbito español.

Las noches sosegadas, ciñendo una diadema
forjada por luceros de eterno resplandor,
con músicos rumores, de amor constante emblema,
construyen el gallardo, magnífico poema,
que entona el universo cantando á su Hacedor.

Y todo es grande y bello, poético, salvaje,
con el salvaje aspecto de un suelo virginal,
sostén de un soberano, bellísimo paisaje,
formado de anchas blondas, de túles y de encaje,
de rosas y esmeraldas, de perlas y cristal.

III:

EL CARMEN

En este divino suelo
que tanta hermosura ostenta;

donde Dios ha derramado
su primor á manos llenas,
haciéndolo paraíso
de constantes primaveras;
donde la luz siempre brilla
con fulgores de diadema,
y las aves y las flores
vieren sus trinos y esencias,
cuando el sol las acaricia
ó los luceros las besan;
en este suelo querido,
y en un rincón de mi tierra,
tan poético y risueño
como nuestra edad primera,
hay una iglesia bendita
entre dos torres pequeñas,
que en sus flancos se levantan
como ingentes centinelas.

«El Cármen» la llama el pueblo,
por que en ella se venera
con ese nombre dulcísimo
á nuestra Virgen excelsa.

¡Cármen! Hermosa palabra
grata cual la miel hiblea,
como el aroma del nardo
y el blancor de la azucena;
jardín de la Andalucía
de arrayanes y de adelfas,
frescura de manantiales
que discurren sobre arena,
grato rumor que se exhala
de las amantes promesas,
calor del dulce regazo
de la madre que nos besa...
¡Cármen! ¿Por qué esta palabra
en mis oídos resuena

con armonías tan dulces,
con inflexiones tan tiernas?...
—¿Por qué?—¿Por que soy murciano
y la llevo en mi alma impresa!

—
Como centro donde giran
alrededor los planetas,
así la iglesia del Cármén
se construyó de manera
que, quien á Múrcia abandona
y todo el que á Múrcia llega,
ha de cruzar por sus atrios
y pasar junto á sus puertas,
murmurando una plegaria
que en sus labios aletea.

Ora es el pobre soldado
que á su dulce hogar regresa;
ora la madre que gime
de sus hijos por la ausencia;
acaso el jóven que parte
en demanda de riquezas,
dejando tras sí á la Virgen
que ilumina su conciencia:
la que al partir, en el pecho,
por que le ampare y defienda
le prendió el escapulario
que su madre prendió en ella
con la imágen de María,
cuando le dió la existencia.

¡Ah! cómo alivias del triste,
Virgen del Cármén, las penas:
cómo por ti, de la vida
libramos la cruda guerra,
porque tu aliento divino
cristiano valor nos presta.
Y cómo, al mirar tus torres,
volviendo de extrañas tierras,

nuestras almas se dilatan
con esperanzas supremas...
¡Salve, divina Señora!
¡Dios te salve, Madre nuestra!
No me abandones un punto
y permite que te vea,
al hallarme en la agonía,
sentada en mi cabecera,
con el Niño entre tus brazos
y alargándome la diestra.

IV.

LAS NOVENAS

Gime el río de coraje
saltando el azud, hirviente,
viendo otro río de gente
atravesar el herraje
de su magnífico puente.

Que lo vence en su bravura,
y en su gala y bizarría
porque el que arriba fulgura,
es de seda blanca y pura
con olas de pedrería.

De tal modo y con luz tal
bulle el inmenso gentío
entre el récio barandal,
que no se sabe cual río
es el río de cristal.

En inmenso remolino,
desde que Febo declina
con su carro diamantino,
cruza, en falange divina,
mujerío peregrino.

Allí la dama elegante,
de belleza y gracia sumas,
se confunde breve instante
con la huertana arrogante,
de zagalejos de espumas.

Y modestas y orgullosas
se atropellan en montón,
y resaltan más hermosas,
más gallardas y briosas
las muchachas de mantón.

Tal á una inmensa avalancha
que rueda y se arremolina
y se extiende en ola ancha,
hácia el Cármen se encamina
y por el Barrio se ensancha

Aquella masa de gente
que reluce y cabrilléa,
que se estremece y ondéa,
como gigante serpiente
que el sol tropical caldéa.

Abiertas de par en par
las puertas del gran crucero
de la iglesia secular,
parecen un hormiguero
con tanto salir y entrar

Del pueblo, que se encadena
como inmensa procesión,
y que de fé el alma llena
se dirige á la novena
á rezar una oración.

El templo, que está adornado
desde el sagrario hasta el coro

de flores y de brocado,
por mil luces alumbrado
parece un áscua de oro.

Allí las cantoras aves
confunden sus melodías
juguetonas y suaves,
con las del órgano, graves
y severas salmodías.

Allí, con sus resplandores,
el sol se desliza ileso
por los vidrios de colores,
posando furtivo beso
sobre acantos y labores.

Y en el perímetro extenso
la santa oración fulgura,
encaminándose pura
con el humo del incienso,
aleteando, á la altura.

V.

LAS VERBENAS

Ya en la cóncava techumbre
el sol con sus rayos no arde:
que está apagada su lumbre
y está dormida la tarde.

Ya en el lejano horizonte,
sobre tintas, gualda y plomo,
se asoma la luna al monte
y rueda sobre su lomo.

Ya los luceros chispéan
bordando el azul sombrío,

y sus luces cabrilléan
sobre las ondas del río.

La brisa, fresca resbala
sobre la frente encendida;
y el acre olor que se exhala
de la tierra humedecida,

Y los perfumes de azahar
que fluyen de la ribera,
dan al tiempo y al lugar
caracter de primavera.

Ya es mas dulce el movimiento
con que la gente transita,
y parece, que un momento
aletargada, dormita.

Pero es que toma descanso
para cobrar mayor brio,
como suele, en el remanso
parar su corriente el río,

Para lanzarse á la angosta
garganta, con el coraje
con que se estrella en la costa
el espumoso oleaje.

Por eso, cuando encendidos
sus penachos lanza el gas,
de la ciudad los sonidos
se acrecientan mucho más,

Y músicas vibraciones
en sus alas lleva el viento,
cuyos ecos juguetones
repercute el firmamento.

Bullendo otra vez garrida,
por todas partes la gente,
que se encuentra comprimida,
encauzada por el puente,

Se abre en la Plaza un instante,
hallando salida franca,
para volver jadeante,
entrando en «Floridablanca»,

A estrecharse y retorcerse,
como reptil gigantesco,
hasta que logra extenderse
por el «Jardín» pintoresco.

Allí es todo animación:
todo bulla placentera,
todo alegre y juguetón
como sol de primavera.

En torrentes palpitantes
la luz ténue se desborda,
y los encajes flotantes
de las alamedas borda,

Girando en sus luces pálidas
las murcianas más hermosas,
como brillantes crisálidas
con hélitros de oro y rosas.

Doquier rostros hechiceros,
doquiera talles gallardos,
y en todas partes floreros
con ramilletes de nardos.

Y en aquella batahola
y entre aquella confusión
todo explende y tornasola

en constante irradiación,

Y el celaje es un joyero,
cada niño un serafín,
cada brisa un pebetero,
cada mujer un jardín.

VI

EL DIA DE LA VÍRGEN

I

Las calles.

¿Qué población es aquella,
que en la orilla se levanta
de aquel caudaloso río,
cuyas juguetonas aguas
la acarician y la besan,
la reflejan y la bañan?

¿Cuál es, que hermosa la ciñe
una ribera lozana,
como espléndida corona
de soberbias esmeraldas?

¿Cuál es, que según es bella,
inspiradora y gallarda,
parece á Vénus saliendo
de las espumas de plata?

¿Cuál es la del suelo llano,
del que brotan delicadas
las esencias de las rosas,
de los naranjos y acacias?

¿La de ese cielo ardoroso,

cuya techumbre azulada,
en estas noches de estío
chispéa como una frágua?

Donde penachos de estrellas,
flamigeras, se derraman,
y titilan temblorosas
y se encienden y se apagan,
y ora cruzan el espacio
con vertiginosa danza,
con carrera aterradora,
como espíritus que vagan,
dejando tras sí en el éter
estelas de luces pálidas,
ora parecen pupilas
de vírgenes encantadas?

—¿Que cual es?—Pues esa esMúrcia:
la gloria de Dios... ¡mi pátria!

Hoy de la Virgen del Cármen
celebra con algazara
el gran día, y su entusiasmo
enloquecedor estalla.

Mirad el Bárrio: parece
un fanal de filigrana,
un girón que se ha arrancado
del palacio de la Ahambra;
un ramillete de flores
sobre etrusca porcelana.

Mirad sus calles: do quiera
muchedumbre abigarrada
circula, bulle, se agita
como espléndida avalancha,
por entre arcos de follaje,
bajo luces venecianas
y mantones de Manila

y relicarios de plata.

Allí, en honor de la Virgen,
aquella gente bizarra,
tira al viento y dá al arroyo
lo mejor de cada casa;
la cubierta de damasco,
que huele al olor del arca,
las pulseras de oro fino,
el collar de perlas blancas,
el mantón bordado en sedas,
con flecos de media vara:
y hasta el pobre que no tiene
atavíos de lujo y gala,
hace un farol de colores
y lo cuelga en su ventana.

2.

La procesion.

Las campanas con sus sonos
agitan al firmamento,
y sus férreas pulsaciones,
con alegres vibraciones
se difunden por el viento.

De la iglesia al rededor
se agolpa inmenso gentío,
que produce ese rumor
altisonante y bravío
del enjambre zumbador.

Ocupando las aceras,
como muralla viviente,
se arremolina la gente,
en apretadas hileras,
desde la iglesia hasta el puente.

Semejando el movimiento
del gentío al ondular,
al oleaje violento
con que arruga el crudo viento
la superficie del mar.

Súbito se abren las puertas:
ceja la gente y oscila
al verlas de pronto abiertas,
y gira, bulle, vacila
trazando curvas inciertas,

Al piafar de los overos,
que gimiendo de coraje
rompen marcha los primeros,
manchando de espuma, fieros,
los freuos y el atalaje.

Y aumentan la confusión;
abajo, el rujir tronante
de aquel humano turbión,
y en el aire el ronco són
del campaneó vibrante.

Mas todo queda en reposo,
al desplegarse á la luz,
severo y magestuoso,
el estandarte lujoso
coronado por la cruz.

Le siguen dos apretadas
hileras, bien divididas,
paralelas y ordenadas,
de gentes endomingadas
y con hachas encendidas.

Después, con régio decoro
caminan dos monaguillos

llevando incensarios de oro,
y precedidos de un coro
de sochantres é infantillos;

Apareciendo al final
la Madre de Dios sagrada,
sobre su carro triunfal,
solemnemente escoltada
por el clero parroquial.

Entonces la muchedumbre
ruge, grita y enloquece
del entusiasmo en la cumbre,
y su clamor estremece
del cielo á la azul techumbre.

«¡Viva!» prorrumpe en un grito
tan formidable, que aterra;
que llenando el infinito,
hace temblar de la tierra
las entrañas de granito.

Y entre vivas y clamores
y repicar de campanas,
va el *Amor de los Amores*,
bajo una lluvia de flores
que le arrojan las murcianas.

3.

La vaca.—El castillo.

«¡Fuera! ¡la vaca, la vaca!»
grita por el Matadero
una ronca voz que pone
á la gente en movimiento,
haciendo que se atropelle
desatentada corriendo,

empujándose y rodando
en pelotones deshechos.

«!Fuera! ¡la vaca, la vaca!»
y se aparece, en efecto,
jadeante y con la cola
sus ijares sacudiendo.

Entonces, como barrida
por huracanado viento,
la multitud se repliega
trazando círculo extenso
donde la rés queda sola,
desafiando, en el centro.

Y siempre existe un ósado
con ribetes de torero,
que sale á echarle una suerte
con su faja ó su pañuelo,
de la que sale alcanzado
y mal ferido y mal trecho.
Siendo de ver como entonces,
apretando el vasto cerco,
al animal acorralan,
acosándolo y asiéndolo,
hasta que al fin se les rinde
y se lo llevan en peso
cabalgando en su ancho lomo
seis ó siete rapazuelos.

Mas ya la noche ha cerrado:
el Barrio, en sombras envuelto,
no se vé; mas se presiente
cómo se agita en silencio
con el vaivén incesante
con que bulle un hormiguero.

Ya todo oscila indeciso
con las formas de un ensueño,
cuyos borrosos perfiles
se escapan al pensamiento.

Todo es sombra en el paisaje
y solamente en el cielo
resplandecen las estrellas
sin que alumbren sus reflejos.

Pero de pronto, rojiza,
con resplandores siniestros,
cárdena luz se derrama
por chispeantes mecheros,
que el ancho espacio ilumina
del paisaje pintoresco.

Y se vé á la muchedumbre,
como bandada de insectos
que agitan sus ténues alas
alrededor de un incendio;
y los astros palidecen
y se inflama el firmamento.

Es que el *castillo* ha empezado
con sus fantásticos juegos
á tejer, con hilos de oro,
candente red sobre el pueblo.

Ora es la estrella que gira
con inflamados cabellos,
ya el penacho de cohetes
que ascienden con ráudo vuelo
y culebrean y estallan
en las regiones del viento;
ora es la bomba que cruza,
ora el gallardo chispero
que en la altura se deshace

como lluvia de luceros.

Brillan las aguas del río
con metálicos reflejos,
y del gran Floridablanca,
sobre el pedestal egregio,
se reviste la escultura
con aureolas de fuego.

Centelléan la agujas
y las cruces de los templos,
y parece la ancha esfera
un horno gigante ardiendo,
de cuya roja techumbre
se exhala el clamor que el pueblo
produce vitoreando
á la Virgen del Carmelo.

VII

CONCLUSIÓN

No se escucha ni un rumor:
todo duerme, todo calla
con silencio aterrador:
como el que sigue al fragor
de los campos de batalla.

Ni la brisa murmurante
por la alameda se escucha:
Múrcia duerme jadeante,
como se duerme un gigante
después de tremenda lucha.

Ni el sonido más lejano
llega al alma fatigada:
que están mudos monte y llano
y el celaje soberano

de la bóveda estrellada.

Tan solamente del río
se percibe el ronco són
profundo, sordo y sombrío,
como el latido bravío
de un gigante corazón...

—
¡Duerme, ciudad perfumada,
sin sobresalto ni pena,
como virgen reclinada
sobre la frente serena
de su madre idolatrada!

¡Duerme, sin torpe recelo
sobre tu alfombra mullida;
que la Virgen del Carmelo
vela por ti desde el cielo,
á tu amor agradecida!...

Y tu, celestial Señora,
madre del Verbo divino,
que habitas donde la aurora
toma luz y se colora
con resplandor purpurino;

Recoje los tembladores
murmullos de mi canción:
que en ella ván, con las flores
de mi tierra, los amores
de mi ardiente corazón.

Eduardo Martínez y Rebollo.

Por donde se va al progreso

SONETO

Del siglo diez y nueve docta gente,
Que mirando á la tierra más que al cielo
Hallar pensais con incesante anhelo
De un progreso feliz el sol luciente;

Dejad vanos delirios de la mente,
Y si rasgar de la ignorancia el velo
Pretendeis una vez, alzad del suelo
Al alto Sinai la baja frente.

Allí, sobre su cima esplendorosa,
Moisés la ley oyó por vez primera,
Que nos une con lazos fraternales.

En esta ley tan sábia y generosa,
Del progreso la senda verdadera
Dios les trazó á los míseros mortales.

Juana Marin Baldo de Martinez.

POR DONDE SE VA AL PROGRESO

Soneto

Asombran tu esplendor y tu grandeza,
Maravilloso siglo diez y nueve.
Con el vapor sutil y el áire leve,
Se rinde á tu saber Naturaleza.

Vences del mar la indómita braveza,
Y, si la raza humana se conmueve,
Mandas al rayo que en sus alas lleve
La idea que se agita en tu cabeza.

Contempla tu poder absorto el mundo,
Como el esclavo á su señor sumiso:
En industria y riqueza eres fecundo,
Y en tu mente fulgura el génio impreso:

Mas, cual fuera sin luz un paraiso,
Tal será sin virtudes tu PROGRESO.

Francisco Pareja de Alarcon.

.....

.D

Lema: En las ciencias históricas es preciso saber dudar.

Tema: *Origen y etimología del nombre de Murcia: cuándo y en qué documentos aparece por primera vez en la Historia.*

Los Mastianos.—Murcia fundación de Homero; los Murgites—Vergilia, Mellaria,—Venus-Murcia-Mursin [مورسين] —Murgi—Arcilasis—Tucca (Touxxa)—Aurariola—Ormela (Orihuela)—La Cora de Todmir —Murcia árabe [مورسيا] Murcia en los escritores árabes.

Al tratar de hacer en el estado actual de las ciencias históricas la etimología del nombre de Murcia, tiene que adolecer por fuerza tal estudio de natural incoherencia; ha de marchar *per saltum*, ligando opiniones, compulsando datos, viendo el modo y manera de que al choque de noticias brote la luz; armonizando la hipótesis con el hecho consumado, y exponiendo en último término aquellos datos que haya podido percatar el autor, siquier sean deficientes, pero que al aportar su óbolo al caudal conocido, contribuyan en su día al esclarecimiento de la verdad histórica.

Muchas y muy variadas opiniones se han sustentado acerca del origen y etimología del nombre de Murcia; quien, ele-

vándose á las más remotas edades, y discurriendo en aventurada hipótesis, pretende atribuirlo á extrañas gentes que aportaron á nuestras costas; quién, al primero de los Abde-rahmanes; algunas de estas hipótesis, pueden defenderse más ó menos, con las naturales reservas; no puede adoptarse ninguna de ellas en absoluto, por racional que aparezca, careciendo de los indispensables datos y documentos de comprobación.

Nosotros, apartándonos del peligroso camino de elucubraciones como las de Florian de Ocampo, Cascales, y otros de sus imitadores, estudiaremos algunas, las principales hipótesis sustentadas, con la circunspección debida, templando la acrimonia de unas, procurando acordar otras en lo posible, con los antecedentes históricos que hemos encontrado acerca de Murcia, cuya importancia, hasta los tiempos medios, no debió de ser grande, cuando no hallamos mención que la determine, ni en tiempos de la dominación romana, ni en los de la bizantina, ni en días de visigodos, ni en el tratado de Teodomiro y Abd-el-Azir, ni cuando la Cora de aquel caudillo pierde su existencia política, á manos de Abder-Rahman I.

Después de esto, opten nuestros lectores por aquella hipótesis que en medio de las naturales faltas de nuestra desaliñada relación, háyase presentado á sus ojos con mayores probabilidades de verdad; quede si nó su resolución pendiente para época en que, nuevos descubrimientos, hayan aclarado la oscuridad en que se envuelve este período de la historia local, y hasta entonces, no olvidemos estas frases de un escritor tan ilustre como modesto: «en las ciencias históricas es preciso saber dudar.»

Entrando, pues, en materia, pasemos á examinar siquiera sea someramente, las indicaciones que sobre esta porción del territorio español, tan rico como codiciado, hacen los geógrafos antiguos y los historiadores, en quienes no encontramos mención expresa y decisiva de Murcia, como tampoco señalan al hablar de la Contestania, población alguna cuyo nombre y situación puedan buenamente compaginarse con el nombre y situación de Murcia.

Los Mastianos. Estudiando los restos y huellas de pasadas generaciones, que en el dilatado proceso de los siglos tuvieron asiento en la región *mastiana*, Maccia en Estéfano Bizantino, *Mastianos*, *Mastienos* ó *Mastenos* en Hecateo y Polibio, Filisto y Herodoto, *Melessos* segun Livio, sacamos la consecuencia, de que pueblos de distinta raza y progenie, habitaron el área próximamente de la moderna Murcia.

Que en dias de la dominación fenicia, conocida la ventajosa posición de Murcia, existiese allí una población como parecen indicarlo los monumentos de aquella época desenterrados en Molina y calificados por el sábio jesuita D. Carlos Lasalde, de «monumentos bastitanos», es supuesto bastante aproximado; que esta población subsistiese en tiempos posteriores y con mayores ó menores alternativas, tampoco repugna á la razón, antes bien, así lo acreditan segun algunos restos y lápidas, monedas, ídolos y otros objetos encontrados en parajes tan cercanos á Murcia como Monteagudo, en donde existió probablemente desde la época romana, un propugnáculum destinado á amparar á la población tendida á las márgenes del Segura en caso de guerra, Castillo de Larache, santuarios de «La Luz» y «La Fuensanta» en el último de los cuales se han descubierto urnas cinerarias, monedas de alto y bajo imperio, consulares, celtibéricas y en donde hemos tenido ocasión de examinar recientemente en un minado, restos de crisoles romanos, algunos de ellos conservando dentro un trozo de mineral fundido ó *gacha* en término de minería; Guadalupe, La Vuz-Negra y Espinardo donde encontróse una bellísima ara romana dedicada á la Diosa de la Paz, en el jardín—hoy abandonado—que fué de D. Juan Fajardo de Guevara, el amigo de Polo de Medina.

Desgraciadamente, bien porque revoluciones geológicas ú otros accidentes las hayan destruido, bien porque aun permanezcan enterradas bajo las rugosas superficies de las sierras ó el blando suelo del llano, como guarda el avaro su tesoro, es lo cierto que no nos quedan reliquias ni vestigios que permitan cohonestar los supuestos de algunos que se dedican á este linaje de investigaciones.

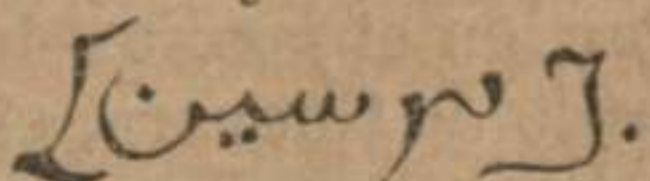
Empeñados unas veces con generoso anhelo en dar á la

tierra natal abolengo tan alto como ilustre, empeño disculpable por la pureza de la intención, y por ser achaque propio de estos estudios antes de implantarse en ellos la crítica-histórica; atrevidos, otras, en grado suficiente para entrar sin previo conocimiento de la antigüedad en el terreno de las etimologías, tan resbaladizo y ocasionado á graves yerros, podemos citar larguísima série de forjadores de hipótesis, tan distantes algunas de la verdad, como las que suponen á «Murcia, fundacion de Homero, ó los Murgites»: de estas hipótesis y etimologías, merecen algunas nuestra consideración por el estudio ó ingenio que acreditan; de otras hay que decir con el Dante «non ragionam di lor ma guarda e passa.»

Vergilia, Mellaria. Se ha llamado á Murcia Vergilia por sus jardines, Mellaria por (ciudad de las mieles) suponiendo que en las abundantes y variadas flores del valle que riega el Stádero, libarian las solícitas abejas la materia de su dulcísimo trabajo.

Vénus-Murcia. Cascales contemplando la abundancia de mirtos y arrayanes, estableció relación con más ingenio, suponiendo propio del altar de la Diosa el suave perfume de la perenne murta, Venus-Murtia (Myrtia), y las silenciosas riberas del río, lugar conveniente para dar culto al amor: de aquí arranca la hipótesis de una fundación romana y la etimología *Murtia* (Mupria?) que por tanto tiempo tuvieronse como indiscutibles.

Mursin. Y sin embargo ¡qué dato para Cascales y los partidarios de su etimología! el mirto se conocía y se conoce

entre los árabes con el nombre de *mursin* 

El entronque de una palabra griega y otra arábica pudiera ser el caduceo que reconcilie á los que atribuyen á Murcia origen y etimología romanos, y los que la creen fundada y bautizada sobre las ruinas de un lugarejo en tiempo de los árabes, pero como hasta después del siglo VII no aparece en la Historia el nombre de Murcia, es destituido lo que dice Cascales.

Arcilacis llama á Murcia un escritor (Lozano) examinando la benéfica arena (tarquin) que arrastran las aguas de su río; Bigastro, Bicastrum (dos castillos), los que han estudiado sus fortalezas, Murgi, los que establecen relaciones de semejanza entre su nombre y palabras del idioma egipcio; Murgana, Muxacra, Aurariola, Ormela, y Todmir; quién, créese que fué una hospedería romana situada en el camino de Sáltigi (Chinchilla), á Carthago Spartaria; quien, que allí fué donde el emperador Constantino mandó construir el fuerte de Tuca.

Dejando á un lado elucubraciones más ingeniosas que verdaderas, habremos de dedicar nuestra atención á los que opinan por *Murgi*, *Arcilacis*, *Tuca*, *Aurariola*, (Ormela, Origiuela) y *Todmir*, exponiendo las noticias que con referencia á estas etimologías hemos podido recoger, para dar por sentado, que en días de la dominación musulímica, se alzaba á orillas del Segura, una población de escasa importancia situada en el área que hoy ocupa Murcia, próximamente, y en la que yemenitas y maáditas después de haber encendido sangrienta guerra civil, buscaban refugio contra las armas vencedoras del Califa Cordobés.

MURGI.

El erudito P. Lasalde en sus «Estudios sobre el pueblo bastitano» publicados en «El Semanario Murciano» dice á propósito de esta etimología:

«De su nombre (Murcia) es de creer que acomodado á la naturaleza de los nombres bastitanos, fuese Murci ó Murgi, el cual pudo tener dos interpretaciones segun se le derive de *mar* ó *mer*;» «uno y otro se encuentran en Egipto formando nombres de poblaciones y territorios, como *Mor*, *Mori*, *Mez*, *Meru*»: «*Mar* ó *mor* significa *deprimir* de donde puede significar país hondo»: *mer* significa *corriente de agua*, *inundación*. «La voz *hi* significa *destruir*, *herir*»: «de manera, que si *Murgi* se compone de *Mar* y *hi* podrá significar «país hondo ó expuesto; si de *Mer* y *hi* significa *rio destructor*, nombre que pudo aplicarse primero al río, y después á la ciudad». «Te-

niendo en cuenta que si hoy le conviene ese nombre, mucho mejor le convendría hace tres mil años en que el suelo de la Huerta de Murcia debía estar de dos á tres metros más profundo que hoy.»

Hasta aquí el P. Lasalde: nosotros, dejando *in statu quo* la cuestión de si el nombre egipcio *Murgi* se dió á la población en tiempos antiquísimos, ó mucho después, aconsejaremos á los que se deciden por esta etimología, que no echen en olvido que Abu-l-Iathar llevó á Murcia en días en que era esta provincia de Aurariola, gran número de *misries* ó egipcios.

ARCILACIS.

El geógrafo Mela, después de citar á Valencia, Sagunto, Alona, Lucentum, é Ilice, (Guardamar, Alicante y Elche) dice que desde aquí no hay hasta la Bética, más población que merezca citarse. Estrabon, anterior á Jesucristo en más de medio siglo, menciona tres pequeñas ciudades de origen focense, Dénia, Honosca é Humun: en el Itinerario de Antonino se citan muchos pueblos. pero estos datos no arrojan luz alguna.

Ptolomeo en sus Tablas, al describir la costa oriental de la España Tarraconense, dice: «Después de la Bética, entra la costa de los Bastitanos en Urçi (Aguilas), la costa de los Contestanos, Lucentum (Alicante) Carthago-Nova, el promontorio Scombrario (Escombreras) la boca del rio Stadero, Alona (Guardamar), Serabis y su boca en el mar, el puerto Ilicitano, y la boca del Suezó límite de la Bastitania, y principio de la Editania»: describiendo el interior y después de los Oretanos, dice que, «en los Bastitanos están las ciudades mediterráneas de Pucialia (Utiel) Salaria (Miñana, llamada así por su mina de sal gemma) Túrbula (Tobarra) Saltiya (Jorquera) Bigarra (Bigastro, ciudad que menciona T. Livio) Abula (Bullas) Asso (Isso, pequeño lugar cerca de Hellin), Bér gula (Moratalla), Carka (Caravaca), Ilunum (Hellin, segun algunos Villena), ARCILACIS (Peñas de San Pedro segun el Sr. Cortés y Lopez, Murcia segun Lozano) Se-

gisa (Sax, Cehegin ó Cieza), Orcelis (Orihuela, aunque es ciudad contestana), Vergilia, Acci». etc.

El canónigo Lozano, al proponer á Arcilacis, dice en su obra «Bastitania Contestania»:

«Ptolomeo coloca la ciudad de *Arcilacis* al occidente de Orcelis, y distantes como tres leguas y media: siendo Orce-
lis por su nombre Origüela, y hallándose esta al oriente de Murcia, claro es que *Arcilacis* debió de estar muy próxima ó en el sitio donde hoy se encuentra Murcia. *Arcilacis* tiene relación en la lengua latina con *argilla* que significa suelo blando y glutinoso como el de nuestra tierra. El *cis* de *Arcilacis* es propio de los romanos, y parece significar que habia otro *Arcila* anterior (que podia ser Archena) ú otra cosa que á esta perteneciera. Por lo tanto, es preciso decidirnós por *Arcilacis* en Murcia.»

¿Será exacto que la irrupción de los Bárbaros destruyó á *Arcilacis*, como destruyó á Cartagena, y que de sus ruinas nació, en los tristes y borrascosos dias de los godos, Ormela, segun se desprende de lo que dicen Florian de Ocampo, Mariana y el Gerundense, y como opina en nuestros dias un ilustrado escritor en libro todavía inédito?

TUCCA.

Corrian los dias de la VI centuria: trabado Atanagildo en mortal y sangriento duelo con su competidor Agila, y no pudiendo domeñarle con el propio esfuerzo, volvió sus ojos á la floreciente Bizancio, en cuyo solio imperial asentábase á la sazón Justiniano; ofrecióle Atanagildo con mano pródiga la parte del litoral que se extiende desde Gibraltar á Valencia, y ora porque tentasen á los imperiales las riquezas y dominios que aquende y allende el Pirineo poseian los visigodos, ora porque Justiniano acariciase proyectos de una restauración imperial en Occidente, ello es que no fueron desoidas las pláticas del visigodo, y las legiones imperiales, desembarcando en la Península, consiguieron no sin lucha, para Atanagildo, el triunfo que tanto codiciaba.

Fueron mirados los nuevos dominadores por la grey hispano-latina, como salvadores y hermanos, que al someterlos á su tutela, les libraban de la tiranía visigoda.

Atento Justiniano á conseguir las simpatías de los hispano-latinos, dedicóse á reparar los estragos causados por los Bárbaros, destruida Baga (Bigastro), próxima á Aurariola (Orihuela) reconstruirla, y devuelta á sus antiguos moradores, llamáronla en agradecimiento á su protector, Teodoriada, nombre dado en honor de la emperatriz Teodora, y entre otras fortalezas reconstruidas por Justiniano, citan los autores á *Tucca*, (Touxxa) origen acaso de Murcia como algunos pretenden.

¿Pero fué *Tucca*, en el supuesto de ser origen de Murcia, restaurada, ó construida por Justiniano? ¿Tenemos algunos antecedentes que acrediten su existencia en dias de la dominación romana?

Al decretar en 332 el emperador Constantino la división territorial de España, cruzaban la jurisdicción de la provincia Cartaginense, de la que Clunia y Cartagena eran conventos jurídicos, multitud de vias ó calzadas, militares las unas, del dominio público las otras, erizadas de hospederías y estaciones (mutationes y civitates) casas de postas, necesarias para relevo de cabalgaduras y alojamiento de viajeros y milicias transeuntes.

Además de la via Heráclea, que desde la estación de Ad-Noulas en el reino de Córdoba llegaba á Dertosa en la Tarraconense, á más de la via Pretoria que pasando por Ad-Ello (provincia de Murcia) unia á Sagunto con Cartagena, era de los más importantes el camino que desde Chinchilla (Sáltigi) enderezaba á Carthago Spartaria, y en el cual estaban las hospederías romanas de Ilunum, (Hellin) Segisa (Cieza, Cehegin ó Sax) en la provincia de Murcia. acaso en la misma Murcia (*Tucca*?) y Leones á algunas millas de Cartagena.

Un ilustre cultivador de los estudios de geografía antigua en nuestra península, el Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe, opina que *Tucca* ocupó próximamente el lugar en que hoy está emplazada la moderna Murcia, ó Monte-

agudo; Procopio afirma, que el emperador Justiniano mandó construir en el distrito de Carthago-Nova, un fuerte llamado *Tucca*, y Hübner en sus estudios sobre «La Arqueología en España», dice que, desde tiempos de Augusto existía un camino sin indicación en los itinerarios, que por *Murcia*, Jumilla y Lorquí iba á Lebisosa, Laminicum y Castulo, (Lezuza, Fuenllana y Cazlona), entroncando acaso con algún ramal de la via Heráclea; el diligente escritor Sr. Diaz Cassou, en artículos acerca de «Los castillos de Murcia», publicados en «El Diario» de esa localidad, opina que el fuerte de *Tucca* reedificado por Justiniano, estuvo colocado en el hoy castillo del Morron del Puerto, ó antigua «Asomada de Murcia».

Decidir si fué en Monteagudo, ó en el «Morron del Puerto», ó en el Campillo, donde Justiniano mandó en pias de Atanagildo, construir sobre ruinas romanas el fuerte de *Tucca*; decidir si fué este nombre ó algún otro el que tuvo la ciudad, y si fué ó no, origen de Murcia, nos parecen cuestiones demasiado árduas para resolverlas con los datos que poseemos al presente.

AURARIOLA Y LA CORA DE TODMIR

Arrojados los imperiales por Suinthila y viniendo á constituir la provincia proconsular que ocuparan, dominio sometido á la ley comun de los visigodos, y á la inmediata autoridad del Duque, llamóse provincia de Aurariola, dividida en siete condados dependientes.

Era Duque de ella en las postrimerías del siglo VII y principios del VIII, Teodomiro, que despues de pelear al frente de las tropas de su provincia en la batalla del lago Janda, donde fantasmagoría de reino y monarca visigodos rodaron por el polvo, pretende atajar en el Jenil á las masas heterogéneas de que se compone el ejército musulman; el mismo que tarda veinte meses en replegarse á Aurariola defendiendo el terreno palmo á palmo, y que apretado por Abd-el-Aziz ben Muza y sus musulimes, acuchillado no lejos de Aurariola y reducido al fin con mermada y débil hueste al recinto de Medina

Origüela,—como decían los árabes trocando el nombre de Aurariola—logra recabar con su ardid tan discutido, para sí y para sus gentes, un tratado de paz.

Erígese en monarca de aquel pequeño estado, que desde entonces llamóse la Cora de Todmir, en donde queda viva la gloriosa memoria de aquella fugáz monarquía, que subsistió sesenta y ocho años de desastre visigótico, que atravesó incólume los tristes y azarosos días del Qualiato, y vino á la postre á morir en días y á manos de Abd-er-Rahman I. (779) pero conservando y haciendo suyo el nombre del heroico caudillo á quien debió su existencia política.

¿Qué fué la Cora de Todmir? queda por preguntarnos ahora: ¿Cuál de las poblaciones importantes del distrito fué designada con este nombre? ¿fué acaso distintivo genérico de toda la comarca?

MURCIA-TODMIR

(AURARIOLA, ORIHUELA, ORMELA).

Siguiendo la marcha de estudiar, al propio tiempo, los escritores cristianos y musulmicos, vemos que Aben-Adharé de Marruecos afirma que «Todmir» es Murcia, nombre que tomó del infiel que allí gobernaba, pues tenía por nombre Origüela; del mismo modo se asegura en el Ajbar Machmuâ.

An-Nowayrí, en el año 910 dice que «Origüela» se llamó en lo antiguo Medina Tudmir, y que trasladado el gobierno de la provincia á Murcia, esta se llamó desde entonces Medina Tudmir: otro geógrafo árabe Yalcut, en su «Diccionario Geográfico» t. IV, pág. 407 de la edición de Leipzig dice de Murcia que «la cercó de murallas ó la fundó Abd-er-Rahman II y la llamó Todmir, por Todmir, Palmira de Siria», al establecerse allí gente de este origen, que encontraron entre Murcia y la madre pátria ciertas analogías; lo cual es completamente inexacto: D. Rodrigo Ximenez de Rada apunta al tratar de la conquista de Murcia, «Deinde ad urbem quae tunc Oreola, nunc Murtia dicitur

(exercitus) properavit»; la Crónica General «E despues fuéronse para la villa que auie estonçes nombre Ormela (Orihuela?) é es la que agora dizen Murçia»: hay quien engañado por Faustino de Borbon (cuya autoridad histórica ha sido destruida por el sábio orientalista D. Francisco Codera y Zaidin) y apoyado por Romey, pretende que Todmir es Caravaca (Carietucat Todmir), en cuyo Archivo Parroquial se conserva un ária de 1792, cuya letra dice: «Feliz Teodomira—dichosa ciudad, etc.: Ponzoa en su «Historia de la dominación de los árabes en Murcia», asegura que «Murcia es Todmir» (siguiendo á Conde) y dando por cosa averiguada la existencia de Murcia como población la más importante del distrito durante el siglo VIII de nuestra Era, habla en el cap. 3.º de la destrucción de esta ciudad, y afirma que después del año 745 la restauración de la población fué grande y pronta, viéndose en una primavera alzar los edificios como los retoños de sus mirtos y arrayanes.

«La villa de Murcia fué enteramente construida por los árabes, con los materiales de una antigua ciudad de los romanos, de su proximidad», segun el Sr. Gayangos: Henzi Journal, en su obra «Les Berebers», «Etude sur la conquête de l'Afrique par les árabes», aunque no acepta la identidad entre Todmir y Murcia, asegura que Todmir fué una de las poblaciones más notables del distrito.»

El docto y laborioso escritor D. Rodrigo Amador de los Rios en su obra «Murcia y Albacete» opta por que Todmir era nombre de toda la región y dice con este motivo:

«Todmir fué el nombre de toda la región oriental que habia sido señorío de Teodomiro, y no de población alguna», citando en su apoyo, á más del famoso astrolábico de 459, que se conserva en el Museo Arqueológico Nacional, el hecho frecuente de que «escritores árabes cual Aben Al-Abbar, Ad Dhabbi y otros muchos, en sus trabajos biográficos distinguen la gente de Todmir de la de Murcia, de Lorca, de Caravaca, de Cartagena, de Cehegin, de Alicante, de Elche y de las demás ciudades de la comarca, con lo que claramente se revela y patentiza, que el conjunto de la antigua jurisdicción de Teodomiro, tenia y conservó á través de

los tiempos el nombre genérico de Todmir, pues cuando no es conocido exactamente de los indicados escritores, el lugar de naturaleza del biografiado, le apellidan sencillamente Todmiri, cuando llaman Lorquí al de Lorca, Murzi al de Murcia, etc.

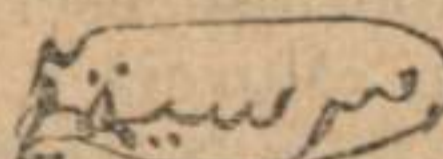
MURCIA ÁRABE.

(مورسية)

¿Tiene Murcia recibido su nombre á consecuencia de haber sido en otro tiempo navegable su rio; como sospechó el ilustre sacerdote mazonita y catalogador de la Biblioteca del Escorial, D. Miguel Cassiri?

Que el rio fué navegable, parecen indicarlo no solo el caudal de aguas, que debia de ser grande, no estando como hoy, sangrado por innumerables acequias, sino documentos del Archivo de Orihuela referentes á impuestos destinados á mantener expedita la navegación de barcas por el rio, noticias que convienen con las que dá el geógrafo árabe Xerif-al-Edsisi en su «Descripción del Africa y de España».

Murcia, que en este caso seria estación naval, no puede rechazar etimología arábica: la palabra Murcia,

(مورسيا) *mursia*) es la misma  que se encuentra con la significación de *puerto* ó *desembarcadero*; así la vemos en el siguiente pasaje del Korán.

وقال اركبوا لركبها باسم الله محرابها

ووصفها ووصفها

«Y dijo: embarcaos (literalmente, montad) en ella, en nombre de Alláh, que navegue y *fondée* ó *halle* puerto.

(CORA XI ALEYA 43)

Sea ello lo que quiera, es lo cierto, que población romana, hospedería, fortaleza bizantina ó fundación arábiga, en los días de Abd er-Rahman I á los de Abd-er-Rahman II, hay á orillas del Segura una población de escasa importancia, cuyo nombre glorioso, Murcia, aparece por vez primera en los escritores árabes, en el año 209 de Hegira (4 de Mayo de 824, á 23 de Abril de 825) al hacer relación de las guerras civiles entre yemenitas y maaditas; Murcia, nombre propio al principio de la capital, y genérico despues de la Cora que combatida por varia fortuna, llega á su mayor auge en época en que, primero como señorío independiente, anexionada despues á Almería y Valencia, disfruta de verdadera autonomia; período que comprende el de los régulos desde Zohayr, á aquel en que Murcia, noble, honrada, rica y sonriente pasó á poder de Alfonso el Sábio.

¡Oh Murcia, tapiz precioso, sueño de huríes, embeleso de los sentidos y de la mente, tú fuiste en días azarosos, refugio y amenísimo recreo del señorío muslim! Poetas de la murciana córte cantaron tus excelencias; misritas y cartagineses, griegos y romanos, roturaron, cultivaron y engrandecieron tu valle, que como mar de verdura acariciado por las brisas, se desata desde el que fué propugnáculo de Monteagudo al místico y tradicional santuario de la Fuente-santa; al ver tu ponderada belleza, grito de gozo saltó del pecho de conquistadores catalanes y castellanos; donde hoy escuchamos la voz del sacerdote cristiano que eleva preces al Altísimo, dijose en otro tiempo la plegaria del Imam y la grey mahomética; donde hoy la redentora Cruz, entonces el Mihrab; donde hoy la santa imágen, entonces frisos de alkoránica leyenda; debajo de cada piedra de tu monte, el recuerdo de aquellas colonias helénicas y cartaginesas; en cada grupo de palmeras, granados y limoneros de tu feracísima huerta, leyendas, ora dramáticas, ora tiernísimas, idilios y elegías á mudejares moriscos y cristianos labradores.

Murcia, Murcia. tu cielo límpido donde brillan los astros

como en el remoto Oriente, el perfume de tus jardines, la suavidad de tus áuras y esa exuberancia de la naturaleza, que parece don especial del cielo, llevan al ánimo del que te contempla, el más grato de los recuerdos; por eso tus hijos, enamorados amantísimos, nos ufanamos con tus bellezas, con tus historias, con tus leyendas, y á los que lejos de tí, sentimos la nostalgia de la tierra natal, tu nombre, cual mágico conjuro, evoca en nuestro espíritu mil recuerdos infinitos, vagos, sin nombre, recuerdos tan imperecederos, que cuando no están latentes, yacen adormecidos en el fondo de la fantasía.....

Joaquin Báguena Lacárcel.

Uno menos.

Así vá todo y así vamos todos, en ala; sin saber cómo, cuándo ni en donde pararemos.

Desde que dijo Napoleón que Europa sería al finalizar este siglo cosaca ó republicana, que, para no dejarle mentir, los republicanos tiran á rusos y los rusos á republicanos: dáse, pues, no en la política solamente, sino en todas las manifestaciones sociales un flujo y reflujo, un ir y venir, una acción y reacción desusados y extraordinarios por demás; así es, que no acontece como á los humores en el cuerpo, por ejemplo, que con su tira y afloja producen ese provechoso equilibrio para la economía, sino por el contrario, algo trastornador, perturbador, que empuja, desequilibra y hace caer.

Ejemplo: el señorito de antes es el chulo cuarterón, y más ó menos desgraciado de ahora; la coqueta ya, en rigor, no existe, ha cedido el puesto á diferentes géneros de aquella especie, que ha ido degenerando; el que desempeñaba honrado y modesto oficio quiere que le llamen artista en su misma ocupación; al estudioso abogado que se contentaba con ganar pleitos sin presumir de orador, ha sucedido desdichada criatura, que estirándose los puños apedrea al tribunal de más paciencia con palabras y más palabras, y ¡cuidado! hay que decir que desciende en línea recta de Demóstenes, pues quien dijere lo contrario, miente: al esclarecido compositor que se tentaba la ropa antes de dejar oír una partitura, ha sucedido á su vez el arriscado segundo violín que compone un vals con reminiscencias de la polka de las ranas y siente el hombre alientos para hacerse... los impo-

sibles; y... sería el cuento de nunca acabar, pues que ahora nadie aprende, todo el mundo enseña. Es la menía de este momento histórico, como ahora decimos; enseñar, y con preferencia, en el sentido más recto de la palabra, pues el toque está en mostrar, en manifestar defectos, vicios y soberbias tonterías. Sabémoslo todo vá siendo ya antiguo; hay un yo imperante, que no es soberbio, y como no lo es, ni yo soy moralista, no lo llamaré satánico, lo llamaré, ridículo.

La cuestión consiste en que con sus hechos vayan los hombres diciendo el «sébase quién es Calleja» á cada paso. Así, vése una porción de chicos elegantes, finos, instruidos, al parecer, y de buena lámina, amén de otros caballeros muy sérios y de muchas libras, que se echan á la calle con la bullonada camisa de dormir, así como diciendo: «ya sé yo que esto es sumamente tonto; pero Vd., inteligente público, penétrese de que yo tengo camisones de esta guisa.»

Que os pida lumbre para el cigarro un minúsculo rapaz, es de puro viejo, así como de la edad terciaria; se repite tanto el caso y hace tanto tiempo que se dán rapaces-hombres, que no cabe señalar á nadie; existe la impersonalidad de lo anónimo, la indesignación que puede cubrirse, por ejemplo, con el nombre de: «el mundo de la gente menuda». Pero como el *yo* debe asomar la cabeza, lo hace, efectivamente, en un periódico, al pié de un artículo imitando á cualquier escritor genial, ó en versos á cualquiera muchacha, de los que nos podemos contentar con que sean solamente malos, y no sean *malos* por sus atrevimientos.

El estudiante ya no es estudiante; es desde que empieza á estudiar, abogado, farmacéutico, arquitecto, médico, teólogo y todo lo que pueda llamarse al fin de su carrera.

A tal punto hemos llegado en nuestras costumbres, en nuestro modo de ser, que es fácil que no nos conozcamos, porque, en rigor, no somos lo que éramos. Por eso, localizando esta afirmación, hay que decir, pero con mucha pena, que al huertano no se le encuentra; para probar que somos hijos de nuestro tiempo, y que nos gusta ensanchar con los horizontes del espíritu los de la materia, derribamos las murallas; acabáronse las puertas y portillos; queríamos lle-

var á la huerta el bálsamo tranquilo de nuestras suaves costumbres, hacer del huertano fosco y arisco un hombre civilizado, y, en efecto, ya no tiene el *fésico* que dar puntos de rutura en la cabeza del novio desdichado, por los garrotazos que con una vara *con roaja* le soltara un rondante de su novia; á la vara ha seguido la pistola, y el huertano prefiere, como él dice, *dalle busto ar deo*, ó lo que es lo mismo, mandar de un tiro á un hombre al otro mundo en menos que se *presina* un cura loco.

Se borraron los perfiles del tipo; quedan las líneas generales de la especie: el basurero, el clásico basurero, madrugador, receloso con todos los que no eran los habitantes de las casas de donde sacaba la basura, y á los que respetaba como si fueran prolongación de la autoridad de su *paere*, aquel basurero que cuando le hacian alguna diablura los muchachos de la ciudad los emplazaba con el *venirus pa jue-ra*, ó refiriéndose á algun otro basurero, blanco desgraciado de los aprendices de carpintero, decía; *si juá sio á mí le meto er mocho inda er cóo*, aquel basurero, digo, se ha transformado, no huele á huertano; con los pantalones azulados y con el hongo como cualquier albañil ó trabajador de la ciudad, mejor que el histórico zagalón, es á modo de tornillo de máquina; no es un todo, es una parte: parece^r que no trabaja para sí, para su gente y para la huerta, como ántes, sino que lo hace respondiendo á la lucha, á la batalla general que impone una existencia, en cuyo rededor brotan necesidades tan múltiples como inesperadas.

Hasta se han trocado con las inclinaciones del huertano, otras aficiones. La estimulante acidéz de la gaseosa, ha despertado su paladar para otros gustos; así se le vé más en el camino del café que en el de la pastelería, que era etapa segura, punto de cita para su estómago, iba á decir, fresco oasis, en donde alentaba y descansaba el huertano de antaño, de la afanosa labor de *la sea*, porque de ella salía para el rento y *pa rempujar* algo la casa. ¡Qué hermosura de tiempos y de costumbres! ¡Qué sobriedad no acusa celebrar el término feliz de tan cuidadosa tarea con festin tan económico y murciano! Un pastel, incomparable *deside*.

ratum del huertano, quien se imaginaba encontrar bajo la humeante hojaldra un manjar exquisito y hecho exprofeso para él, como premio reservado á sus afanes y desvelos. Ni los dioses saboreando la ambrosia hubieran podido ufanarse de que se regalaban mejor que él con un pastel comprado con el producto del capillo. Y ahora, no es de rúbrica el pastel; la cosecha de la seda, es, por regla general, escasa, y los ingresos de ella son insuficientes para las necesidades del huertano; de suerte, que tanto cuando este es honrado y procura pagar, como cuando es galopin y trata de *bandearse* entre sus justos y sus deberes, no visita la pastelería, como tampoco es caso de necesidad para él visitar la torre de Santa María el día del Córpus; ni aunque vaya al encuentro de las procesiones para verlas más de una vez, no dice que vá á *atajalla*, ni se disfraza en carnaval de ladrón con careta de cartón de las de huevo en la boca; ni ofrece salir de cruz en Semana Santa como no esté «en la higuérica»; ni en la féria arma bailoteos en la Glorieta ó donde primero le pille; ni toca la guitarra ó lucha á brazo partido con el violín para que otros bailen.

Es mucho de sentir, mucho que las cosas se adulteren y falsifiquen; pero es más lamentable que los hombres se falsifiquen también. Tú, confiado huertano, que ibas delante de tu carreta, con tu *llamaera* en el hombro, más satisfecho que el capitán de los *armaos*, y paseabas el pimientito molido por toda España; tú, que llevabas la marca de fábrica en tu vistoso y característico traje, pues ni te faltaban las ajustadas calcetas, aseguradas con aquellas ligas que decían: «viva mi dueño», ni la montera ó el grande y pesado sombrero, ni menos los zaragüelles y el jubón con broches de plata y la manta coloráa sobre la chaqueta de paño ó de rosel; tú has sufrido, con la inundación tristemente célebre del 79, otro trastorno en tu sér, cuyas consecuencias hace tiempo estamos viendo. Aquella inmensa ola de caridad que detrás de las turbias y cenagosas que te arrebataron tantos séres queridos, te trajo, es verdad, el consuelo y el remedio á tus lágrimas, dándote albergue, pan y abrigo, te trajo también esa especie de *surge* que lleva en sus lábios el pro-

greso, aunque dado el impulso no siempre se marcha por el buen camino. A la tradicional barraca sucedió la zancuda de Marin Baldo, en la que, sin perder lo típico, se garantiza previsoramente la vida del huertano, acomodándola á sus necesidades; pero en ella está en gérmen la cara del porvenir, la que ha de encerrar al ciudadano rural, no al huertano. La filantropía de D. Jose Maria Muñoz, de las sociedades catalanas, valencianas y tantas otras, y de tantas innumerables individualidades, á la vez que los rigores del hambre calmaron los del frio; y entonces, el huertano ya no se cubrió solamente con la manta y la chaqueta, sino que le vimos sobre el bancal y en la puerta de la vivienda con gaban, pantalón de campana y sombrero flexible, ó con americana y botinas.

Así la hermosa moza de la huerta, la garrida huertana, eso es, la garrida, pues para ella parece hecho el adjetivo, vá entrando tambien en el concierto europeo, aunque para eso se salga de su centro. Cuando ha *rematado* de fregar en el brazal los tapadores de las tinajas y las jarras y se dispone á entregarse á la costura bajo el fresco parral de la puerta de su vivienda, no vereis que enhila la aguja y se moja el dedo para acomodar en él el dedal, sino que examina si hay que echar aceite á aquellas pequeñas *rueas*, porque la huertana ya cose á máquina; en cambio vereis que ya no lleva *senaguas virás*, ni pañuelo de sandía, ni colores chillones en el total de su traje; y para dar á entender que le gustan los medios colores, dice que es mejor que haga *extrañiquio*. Por rara casualidad vereis un moño esponjoso de picaporte, ni de verdad ni de trampa, con el que galanamente hacia indispensable juego el rojo enbiesto clavel, moviéndose junto al moño como con sacudidas nerviosas al fuerte y duro andar de talón de la muchacha; de la muchacha, que no calza tampoco el fino alpargate que se sujetaba á la punta del pié casi en una uña, sino una burda y rudimentaria botina que, á la vez que la aleja del tradicional alpargate, todavia no logra acercarla á la fina bota de la señorita de la ciudad.

Para su gusto y satisfacción aún suelen *relincharle* los

mozos los sábados junto á la barraca; pero si viene á servir á casa de sus amos, bien se deja pelar la pava por la reja como cualquier ciudadana

Bien haya el huertano que se atraganta mientras rompe á hablar con la meza de su gusto, que bebe agua *de espejiquios* y hace *eses* en el suelo con la vara interin cuenta algo, echa cuentas ó procura engañar á alguien; ese es rezagado y aún le queda lo que á todos les queda por fortuna; la afición á la fiesta de San Cayetano, la capa en los entierros, bautizos y casamientos, y el no dejarse pelos en la cara. El no podrá respetar á sus amos como antes lo hacia y de lo que acaso tengan la culpa las *volás*; pero todavia no usa camisones de dormir con cordones y borlas como antiguos tiradores de campanillas; y mientras el huertano lleve sobre su pecho el escapulario de la Virgen del *Cálmén*, vaya al monte á cumplir promesas á la de la *Juensanta* y suspire en donde quiera que esté por nuestra torre, el tipo se habrá ido; pero queda el hombre, es decir, que «aún hay pátria, Veremundo.»

Rodolfo Cárles.

EL HUERTANO QUE SE FUÉ.

Murcia! Murcia! Ciudad hermosa sobre la cual Dios vertió á raudales el inagotable tesoro de sus mercedes y de sus gracias; magnífica sultana que vés reflejada tu gentil figura en las tranquilas aguas del poético río que murmurando amores se desliza bajo tus piés; la adorada del monarca aquél, orgullo de Castilla, que si por su extirpe régia se elevó á las alturas augustas del trono, supo elevarse también en alas de su genial inteligencia á las alturas aún más augustas del pensamiento; la que ostentas como preciados dones de la naturaleza y el arte, tu cielo espléndido, tu gallarda torre, y esa huerta fecunda, admiración de los extraños y delicia de tus hijos, en la cual se produce desde la seda con que se adornan nuestras bellas hasta el trigo que trasformado en sabrosa levadura nutre y alimenta nuestros cuerpos, desde el azahar simbólico que llevan á sus desposorios nuestras mujeres, hasta la siempreviva que depositamos sobre las tumbas de nuestros muertos; ¡cuánto te adoro, Murcia mia! y adorándote y adorando todo lo tuyo, ¿cómo no llorar con lágrimas amarguísimas la desaparición de las hermosas tradiciones y las poéticas costumbres, en tu seno nacidas y á tu calor desarrolladas?

¡*El huertano que se fué!* Todos, por pocos que sean los años que contemos la existencia, le hemos visto y conocido, tan típico en su vestimenta, tan característico en sus usos, llevando impreso en todo el sello especial de aquel pueblo morisco de que proviene, y que á pesar de las persecuciones de que fanáticos sectarios le hicieron objeto durante el

reinado del tercer Felipe, supo dejar en esta tierra y muy particularmente en esta huerta, huellas indelebles y rastros luminosísimos de su paso. Todos le hemos visto en los días solemnes desfilar ante nosotros, con su clásico pañuelo de algodón de vivos colores ceñido á la cabeza y como á guisa de turbante; con su *montera* de negro terciopelo y agudos picos, artística y primorosamente confeccionada; con su bordada camisa de lienzo y el *jubón* con los indispensables *broches* de plata afilegranada, más ó menos voluminosos según era de desahogada la situación de su poseedor: con su faja de seda á la cintura y sus típicos *zaragüelles*, cómodos y amplios, muy útiles para las faenas agrícolas y cortos hasta rozar apenas con sus bordes las rodillas; con sus *calcetas* terminando en la garganta del pié y sus alpargates cubriendo solo dos dedos; y por último con su manta de oscilantes flecos y variados matices, recordando el moruno jaique, y de la que solo se despojaba el huertano para asistir á las bodas, bautizos y entierros, á los cuales iba llevando sobre los hombros, así fuera en el más caluroso día del año, la amplia capa de dilatadas dimensiones é inconmesurable cuello. Todos hemos visto á su gentil compañera, la gallarda huertana, lucir en el día de la Virgen, el más placentero y alegre de nuestra feria, su calada media, su buen zagalejo sembrado de doradas y plateadas lentejuelas, su delantal festoncado de metálica puntilla, su armador, su lujoso pañuelo de crespón de risueños colores, su collar de perlas en la garganta, sus *arracadas* de topacio y su gran moño de *picaporte*.

Hoy toda esta poesía, alegre y fascinadora, del traje de nuestros huertanos ha desaparecido, y con ella la poesía de no pocas de sus costumbres y tradiciones. Lo trivial y prosáico se ha impuesto en todo á lo encantador y poético, y este influjo no ha podido dejar de llegar hasta los sencillos habitantes de nuestra vega.

¿Quién habiéndola presenciado, no recuerda, por ejemplo, aquellos *juegos* con que los huertanos obsequiaban á sus amos y personas conocidas en las noches de Pascua, juegos que traían á la mente el recuerdo de aquellas *farsas* que die-

ron origen á nuestro glorioso Teatro, tan decadente y prostituido en la actualidad? Daban principio estos *juegos* á los acordes de una pequeña orquesta de bandurrias y guitarras, con sus correspondientes cantadores, á cuyos sonos salían á bailar en mitad de la sala varias parejas, entre el sonoro repiqueteo de castañuelas y postizas. Sorprendíales en esta diversión el llamado *director de escena*, personaje que aparecía empuñando á guisa de cetro una escoba y pronunciando acto seguido las sacramentales palabras; *y vá de juego, lo que no se haga ahora, se hará luego*. En medio de un sepulcral silencio, exponía á continuación este personaje el argumento del *juego*, siempre dialogado, y en el cual tomaba parte como principal actor el *bobo*, encargado de matizar el diálogo de frases chispeantes y conceptos que más de una vez pasaron de castaño oscuro. D. Rodrigo Amador, hablando de su asistencia á uno de estos juegos, termina de reseñar sus impresiones del siguiente modo: *Al fin en el juego de la sorra, dice, hubieron de asomar las orejas, no solo en los nombres de los perros, que no son para dados á la estampa, sino en el aderezo con que aparecía la zorra, representada por un hombre desnudo hasta la cintura, donde llevaba liada la camiseta, con las piernas al áire, y dos sombreros doblados á manera de orejas, sujetos sobre los parietales*. Estos juegos que reciben diferentes nombres y de entre los cuales recordamos el de los *Mantos*, el del *Santero*, el del *Galápago*, el del *Licenciado* y el ya mencionado de la *Zorra*, terminaban siempre con báile, al que los huertanos se mostraron siempre muy aficionados. A veces el desenlace de estos *juegos*, solía ser desagradable por demás para los invitados, pues los celos más ó menos justificados de uno de los presentes, ú otra cualquiera causa, daba origen á que las luces se apagaran, se enarbolaran los garrotes, llovieran los palos y lo que pocos momentos antes era teatro de alegre fiesta, quedase convertido en verdadero campo de Agramante. La señal para este desenlace la daba el cantador al *echar el Roque*, copla que dice así:

Por allí viene Roque,

*por el Cabezo,
con unos calsonazos
que meten miedo.*

Otra de las más características fiestas de nuestra huerta han sido los llamados *Báiles de Ánimas*. Alarcón y Fernandez Trujillo los describe diciendo: *Hay en estos báiles á prevención pelucas, escófias, casacas y otros muebles viejos y antiguos que toman alquilados los hermanos de las Ánimas, que son los que dirigen el báile, y con el objeto de sacar dinero para la hermandad, obligan á que báile una de las muchachas que se hallan en él, con una escófia, por ejemplo, y el novio ofrece el dinero de una misa para las Ánimas, por que no báile con ella; otro pujados, y, ó báila ridícula si no tiene pecho y bolsillo el novio, ó aumenta las misas de las Ánimas quienes entonces ruegan indudablemente al Señor, por que todos los novios sean rumbosos, ó tontos ó ricos.* Para invitar al báile, el huertano se coloca frente á la que ha elegido por pareja, se quita la montera y la coloca sobre las sienas de la zagala.

Fiesta muy tradicional en nuestra huerta, ha venido siendo tambien la celebrada el sexto dia de Enero de cada año en el Lugar de D. Juan y denominada *Fiesta de los Reyes*. Prepárase con anticipación por la cofradía todo lo necesario, para lo cual alquila los trajes de los personajes principales. Son estos los tres monarcas magos; sus escuderos, encargados de conducirles del diestro las cabalgaduras; el ángel y el rey Herodes. En las primeras horas de la mañana los soberanos hacen su entrada triunfal en el lugar entre frenéticas aclamaciones, viniendo todos por diferentes caminos ó sendas, con sus caprichosas hopalandas régias, sus coronas de papel dorado, sus cetros y en las manos las copas con el oro, la mirra y el incienso que vienen á ofrecer al Dios Niño. A la entrada del lugar *se les aparece* la estrella-guía, la cual se les pierde á poco. Llamados por Herodes, el cual se halla colocado en el balcón de la mejor casa del pueblo, acuden, y oyen de sus lábios, en forma de antiguos versos, la órden de que averigüen si es cierto que se han cumplido las profecias y venido al

mundo en carne mortal el Hijo del Omnipotente. Fingen los magos obedecer la orden, y guiados de nuevo por el fulgor de la misteriosa estrella, llegan á la iglesia, donde entre las notas del órgano y el popular regocijo, hacen la ofrenda al Hijo de Dios.

Las faenas agrícolas de nuestros huertanos han dado tambien origen á costumbres llenas de poesía y encanto. El ilustre murciano D. Ramón Baquero, en un artículo primoroso, escrito en mil ochocientos cuarenta y justamente galardonado en los Juegos Florales celebrados en mil ochocientos setenta y nueve, hace una descripción acabada de las mil peripecias y lances á que dá lugar el *desperfollo*, ó sea la operación que tiene por objeto despojar al maiz de la envoltura foliácea que cubre su semilla. Acudía á presenciar esta faena numeroso concurso de hombres y mujeres de la ciudad y la huerta. El hallazgo realizado por un hombre, de una panocha encarnada, le daba desde luego derecho para abrazar á todas las hembras presentes, jóvenes y viejas, por más que muchas veces el favorecido, con muy buen acuerdo, mal que pese á todas las leyes de la cortesía habida y por haber, prescindia de las últimas. El mismo hallazgo, cuando lo hacía una mujer, le imponía la obligación ineludible de abrazar al que más le agradara de los presentes, y cualquiera puede figurar cual sería la alegría del feliz mortal á quien le tocara en suerte esta *aproximación*. Al apercibirse del hallazgo, todos los presentes gritaban: ¡colorá! ¡colorá! Muchas veces, como á alguno de los presentes se le ocurriera arrojar á otro algunos granos de las panochas, muy pronto este entretenimiento se generalizaba; de los granos se pasaba á las perfollas, de estas á las panochas y de estas no pocas veces se pasaba tambien á los palos; pero sin consecuencias desagradables. Como fin de fiesta, se bailaban parrandas.

A la vez que muchas de estas que llevamos descritas, han desaparecido tambien por completo unas, y perdido otras su especial colorido, no pocas costumbres de nuestra huerta. Ya no suben los huertanos á la torre de la Catedral el dia del Córpus, como antes lo hacian, á consumir viandas que

ya llevaban prevenidas y á promover un escándalo colosal que volvía locos á los desgraciados habitantes de aquellas inmediaciones. Ya en la procesión del Viernes Santo, no trabaja el gusano su capillo, pendiente de los adornos que en su peana luce la imágen de Nuestro Padre Jesús. Ya no existe aquella tradición oriental, durante luengos tiempos seguida, de comer sentados á la mesa los hombres y de pié la mujer y los zagales. Ya el huertano no llama á la horchata *agua de espejiquio*, ni en la «clásica» fiesta de San Cayetano, en el histórico Monteagudo, muestra su entusiasmo por el patrono rompiéndole sus *remos* á melonazos, ni á su paso por la ciudad es obsequiado con la tradicional cencerrada de chicharras, latas y almireces, que ya se ha quedado tan solo para festejar á los viudos y viudas que tienen el pésimo gusto de reincidir.

En lo que el huertano no ha sufrido cambio alguno, ha sido en su fervor religioso, en su vivienda y en sus hermosos cantos y bailes populares. Aun sigue teniendo la misma salvadora fe que siempre tuvo en la Virgen de la Fuensanta, en la cual se encomienda cuando la epidemia realiza estragos ó cuando feroz inundación amenaza arrebatarse su hacienda y acaso su vida, y á la cual la huertana pide diariamente por el zagal idolatrado, que allá en luengas tierras vela con el fusil en la mano, por la libertad, la independencia y la honra de la pátria.

En cuanto á la vivienda del huertano, aun la constituye la humilde barraca con sus indispensables accesorios, que son por regla general, un corralillo para los animales, los asientos á la puerta, la hornilla al áire libre, el espeso emparrado á cuya sombra se báilan las parrandas, las andanadas de zarzos para la cria del gusano, las lejas para los platos y las tazas, y el gancho de madera destinado á soportar la jarra para el agua, siempre limpia y convidando á saciar en ella la sed. Todo, como se vé, sencillo y humilde, lo mismo que el mobiliario, al que el huertano dá el nombre de *ajuar*, constituido por un tablado para la cama, el arca para conservar la ropa, una mesa de diminuto tamaño, varias sillas de sogá y la indispensable guitarra, á cuyos armo-

niosos acordes dice el *panocho* á su amada las frases más ardientes y los conceptos más apasionados.

En cuanto á los cantos y báiles populares del huertano ¿quién en Murcia los desconoce? ¿Quién no ha visto bailar siquiera una vez sola esas clásicas *parrandas*, de rápidos giros, de dificilísimos cambios, y de los cuales Martínez Tornel dice:

*El báile de las parrandas
tiene mucho que entender,
para darle á las mudanzas
toda su gracia y su aquel.*

¿Quién no ha oído ese dulce canto de las malagueñas, especialmente el de la llamada de la *Madrugá*?

*Tan sentida y armoniosa
y llena de languidez,
que parece que la noche
se vá para no volver.*

¿Quién no ha escuchado alguna vez en el rigor del verano y cuando el huertano recoge en las eras el grano de la miés, ese *canto de la trilla*, del cual dice el poeta de las tradiciones locales, que és

*Pesado como el correr
de los mansos animales
que ván con lento vaivén
arrastrando el férreo trillo
por encima de la miés.*

¿Quién no ha sentido, por último, halagados sus oídos por el *canto de la hoja* que el huertano canta subido á las moreras cuando los gusanos empiezan á comer la última, y no ha visto bailar siquiera una vez sola, en la tarde de un día de fiesta y bajo el emparrado de una vivienda de la huerta *el retal*, ese báile brusco, rápido, vertiginoso, cuyos

movimientos enloquecen, verdadero fin de fiesta, despedida del bullicio y la alegría, ¡adios! estridente, ensordecedor, ruidoso, que se dán entre sí los que durante largo tiempo mantuvo reunidos el génio del placer y de la algarazara.

Francisco Bautista Monserrat.

MEMORANDUM.

Donantes de premios.

Su Alteza Real la Infanta D.^a Isabel, dos tibores, adjudicados al autor de la sinfonia sobre motivos populares de Murcia, D. José Verdú.

Excmo. Sr. D. Tomás Bryan y Livermore, Obispo de esta diócesis, un escritorio, adjudicado á D. Antonio Alcalde Valladares.

Excmo. Sr. D. Miguel Aguado, Gobernador civil de la provincia, un cuadro al óleo, adjudicado al profesor D. Lesmes de San Nicolás.

Excmo. Sr. D. Vicente Perez Callejas, una pluma de plata, adjudicada á D. Rodolfo Cárles.

Sr. D. Agustin Hernandez del Aguila, Secretario del Ayuntamiento de esta ciudad, un reloj dorado, de sobremesa, adjudicado á D. Eduardo Martinez Rebollo.

Sr. D. Adolfo Herrera, un ejemplar de su libro «Medallas de Proclamaciones», adjudicado á D. Joaquin Báguena Lacárcel.

Sr. D. Antonio de la Peña, un bronce, adjudicado á la Sra. D.^a Juana Marin Baldo, de Martinez.

Sr. D. José María Avilés, un cuadro al óleo, adjudicado al Sr. D. Francisco Pareja de Alarcón.

Sr. D. Mariano Ruiz Seiquer, un cuadro al óleo, adjudicado á D. Francisco Bautista Monserrat.

Sr. D. Juan Almagro, 36 láminas de dibujo, adjudicadas á un artesano.

Sr. D. Mateo Boronat, un cuadrito al óleo, adjudicado á la profesora D.^a Catalina Arnaez.

Sra. D.^a Rosa Almansa, un rosario de filigrana, adjudicado á una niña.

- Srta. D.^a Patrocínio Juan, un vestido, para una niña.
 Sr. D. Eduardo Gomez, un traje para un niño.
 Sr. D. Manuel Medina, dos pares de zapatos, para niña y niño.
 Sra. Viuda de Hernando, libros de primera enseñanza.
 Sr. D. Santiago Lopez Chacón, un traje hecho, para un niño.
 Sr. D. Antonio Molina Gonzalez, doce ejemplares de su libro «Cuentos y fábulas».
 D. José María Ruiz-Funes, dos bandejas de dulces.

Donativos en dinero.

	<u>Pesetas.</u>
Sucursal del Ranco de España.	600
Comisión Provincial.	250
Casino.	200
Sociedad Económica.	150
Sr. Conde del Valle.	150
Ayuntamiento.	125
D. José María Muñoz.	125
» Diego Gonzalez Conde.	125
» Mariano Aguado.	100
» José Melgarejo Escápio.	100
Sr. Conde de Roche.	75
D. Miguel Aguado, Gobernador civil de la provincia.	50
» Eleuterio Peñafiel.	50
» Luis Peñafiel.	50
» José Gomez Diez.	50
» Gaspar de la Peña y Rodriguez.	50
» Agustin Ruiz.	50
Sra. Viuda de D. Pedro Martinez.	50
D. José Cayuela.	50
	<hr/>
<i>Suma y sigue.</i>	2400

	<u>Pesetas.</u>
<i>Suma anterior.</i>	2400
D. Julián Pagán.	50
Sra. Marquesa de Salinas.	50
D. José Pino y Vivo.	50
» Ricardo Codorniu.	25
» Pedro Gomez Esbry.	25
» Alejandro Marco.	25
» Tomás Maestre.	25
» Pedro Diaz García.	25
» José Marin Baldo.	25
» Rosendo Alcázar.	25
» Agustin Abril.	15
» Juan Rubio.	15
» Antonio Sandoval.	15
» Salvador Lacárcel.	15
» Francisco Horte.	10
» José Navarro.	10
» Vicente Fernandez Olmeña.	5
» Gabino Arroyo.	5
» Joaquin Gonzalez.	5
	<hr/>
<i>Total.</i>	2820

REPARTO DE PREMIOS EN DINERO.

Huérfanos.

	<u>Pesetas.</u>
Luis Estéban Martinez, casado, jornalero, basure- ro, partido de la Flota, tiene prohijada á María Lopez Navarro, sola, de 16 años, la tiene 8 años, es muda la prohijada é idiota.	15
	<hr/>
<i>Suma y sigue.</i>	15

	Pesetas.
<i>Suma anterior</i>	15
Ana María de San Manuel, de 11 años, de Campos.	10
Cayetano Cascales Rubio, que tiene seis hijos suyos y una expósita de 3 años, Magdalena, del Llano de Brujas.	35
José Perez Martinez, viudo, tiene dos hijos suyos y un adoptivo, José Nicolás, del Llano de Brujas.	15
Josefa Jara, casada, tiene dos hijos adoptivos, uno de la Inclusa, de 15 años de edad.	10
Dolores Riquelme Veracruz, casada, tiene tres hijos menores y dos de la Inclusa, del Llano de Brujas.	20
Leonor Ballester, viuda, con dos hijos, y uno de la Inclusa, de la Alberca.	20
José Tomás Baus, casado, plaza de D Pedro Pou, tiene recogida una huérfana pobre y enferma.	15
<i>Total</i>	140

Padres con ocho hijos, el mayor de 14 años.

Antonio Jimenez, del Barrio de San Antón, tiene ocho hijos, que son: Luisa, 13 años; Josefa, 11; Francisco, 9; Angel, 7; Antonio, 5; Ramón, 3; Manuel, 2, y Catalina, 1.	50
Manuel Lopez Diaz, San Judas, 6, casado, tambien tiene ocho hijos.	40
Francisco Rios y Teresa Cerezo, de la Albatalia, tambien tienen ocho hijos.	40
<i>Total</i>	130

Imposibilitados del trabajo.

	<u>Pesetas.</u>
Joaquin Jimenez Martinez, de 61 años de edad, albañil, casado, se cayó de la obra de la Diputación, y está cojo, teniendo con él á una hija viuda con dos hijos.	25
Estéban Ruiz, panadero, casado, con seis hijos.	25
Francisco Lopez Navarro, cantero, casado, de 81 años de edad.	10
Don Cárlos Godinez, profesor de instrucción primaria, de 70 años.	15
Antonio Martinez Moreno, de 74 años, de Aljucer, y tiene á su mujer ciega.	20
Pedro Martinez, el Ursolo, de 90 años, pastor.	20
Francisco Llanes Martínez, de 70 años, zapatero y con tres hijos.	15
Joaquin Lopez.	20
Agustin Martinez Martinez, imposibilitado en Cartagena en la obra de Pedreño en Enero de este año.	25
José Gabaldón Romero, pobre, con tres hijos.	20
Antonio Mora Rodriguez, alfarero, de 85 años.	10
Manuel Reyes, imposibilitado.	10
Francisco Ganga Ortiz.	10
Tomás Alajarin, maestro herrero que fué de vías y obras del ferro-carril.	15
Francisco Ferrer.	15
Bernardino F. Baeza.	25
<i>Total.</i>	<u>300</u>

Abuelos que mantienen nietos.

	<u>Pesetas.</u>
Isabel Ayllón, del Llano de Brujas, viuda, de 70 años, cuida de tres nietos, el mayor de 8 años.	25
Antonio Rodríguez Nicolás, de 9 años, huérfano, lo tienen sus abuelos.	15
Josefa Madrid Cubas, tiene una hija enferma y un nieto de 22 meses, cuyo padre está impedido. .	10
<i>Total.</i>	<u>50</u>

Artesanos jóvenes.

Blás Rios Ródenas, de 19 años, no tiene padre y su madre es lavandera, gana 6 reales.	25
Joaquín Alpañés Espin, guarnicionero.	25
José María Galvache, joven pintor y dibujante. .	40
José López Martínez, pintor.	10
Jose Velascó López, de 13 años, tiene concluida la carrera de maestro, con buenas notas, reválida sobresaliente.	15
Dolores Fernández, aprendiz de modista.	5
<i>Total.</i>	<u>120</u>

Viudas.

Fuensanta Sánchez, con cuatro hijos.	10
Antonia Nicolás Pareja, con tres hijos.	10
María García Prior, con tres hijos, el mayor de 12 años, y un expósito, de 2.	15
<i>Suma y sigue.</i>	<u>35</u>

	Pesetas.
<i>Suma anterior.</i>	35
Concepción García, viuda de Fuentes, con cuatro hijos.	10
Cármén Jimenez Torralba, con dos hijos, y su madre.	20
Ana Rujete, de la Alberca, con dos hijos y su madre.	15
María Bueno Ortiz, con tres hijos y su madre.	15
Cármén Navarro Algava, mandadera, con tres hijos.	20
Josefa Saez Cárceles, de la Alberca, con dos hijos.	15
<i>Total.</i>	130

Hijos que mantienen á sus padres ó hermanos.

José García Soler, soltero, alpargatero, de 25 años, sostiene á su madre ciega y otro hermano.	25
Andrés Sanchez Chaparro, de 16 años, sostiene á dos hermanos menores, son huérfanos.	25
María Francisca García Arques, soltera, de 50 años, sostiene á su madre, de 80.	10
Monserrat Linares, sostiene á su madre impedida.	25
Adelina Roca.	25
<i>Total.</i>	110

Limosnas á necesitados.

María Josefa Serrano. de 76 años.	5
Aquilina Perez Herrera.	5
José Ramos Lopez, zapatero, imposibilitado,	20
<i>Suma y sigue.</i>	30

	Pesetas.
<i>Suma anterior.</i>	30
Rufino Navarro.	10
Andrés Tomás Pareja.	5
D. S.	15
Sra. Viuda de Lopez.	5
Fernando Pozo Perez.	5
Dolores Heras, viuda, que fué socorrida el año anterior.	7 50
Fermina Hermosilla, se le socorrió el año pasado con 50 pesetas, tiene cuatro hijos pequeños. y uno ciego.	10
Fuensanta Ruiz.	10
Agustina García.	7 50
Eulalia Martinez Peñalver, de 90 años.	5
Pedro José Romero, imposibilitado.	5
Josefa Serrano Molina, viuda, sola y pobre.	10
Bellidas.	3
Josefa Berenguer, viuda.	2 50
José Ortiz, baldado.	7 50
Manuela Ortiz, viuda.	5
Ana García, criada nntigua que está con su señora, y se la premió el año pasado.	5
Sebastián García, ciego.	5
José Teller.	15
Castillo.	5
Juana Perez Lopez, de 80 años, impssibilitada.	7 50
Antonia Caballero.	10
Joaquina Cánovas Hernandez, de Puente Tocinos.	3
Rosaria Comez.	5
Manuel Hernandez.	5
Prudencio Collado.	2
V. S. Lopez.	5
Dolores Lopez Costa.	2
Jose Moreno.	5
<i>Suma y sigue.</i>	217 50

	Pesetas.
<i>Suma anterior.</i>	217 50
Francisco Cárceles Moreno.	7 50
Josefa Lopez Sanchez.	2
José Antonio Asensio Esteve.	10
A varios vergonzantes.	60
<i>Total.</i>	297 00

Niños.---Premios ordinarios.

Pedro Manzano Sanchez y José Franco Manzano, profesor, D. Lesmes Gregorio de San Nicolás, Puebla de Soto.

Francisco Ortiz Córcoles y José Riera Sibony, profesor, D. Antonio Meseguer García, de la escuela práctica Normal, primera sección.

Leandro Riera Sibony y José María Martínez y Martínez, profesor, D. Francisco Morote Yarza, de la escuela práctica Normal, segunda sección.

Joaquín Carrión Valverde, de la escuela privada de don José López Trigueros, Murcia.

Manuel Marín Sánchez, profesor, D. Juan Ferao Palazón, del Jabalí Nuevo.

José Cánovas González y Francisco Rubio Ayuso, profesor, D. Antonio Egea, de la Albatalla.

Francisco Megía Velez y José Antonio Aguilar Andújar, profesor, D. Francisco Ros García, de la Alberca.

Eliseo Pérez Martínez y Juan García Sánchez, profesor, D. Manuel Ponce, del Cármen.

Jesús Abad Flores, y Silvestre Navarro Segura, profesor, D. Salvador Castaño, de Espinardo.

Manuel Montoya Serna y Vicente Morales Ruiz, profesor, D. José María López García, de los Garres.

Salvador Alemán Barceló y José Chacón Bermejo, profesor, D. Pedro Vera Moreno, de Beniaján.

José María Hernandez Peñalver, y otro, profesor, D. José María Hernandez, de Aljezares.

José Zamora Serrano, profesor, D. Serafin Velasco Gonzalez, de Puente Tocinos.

José Antonio Garcia Vivanco y Antonio Puig, profesor. D. Antonio Puig Campillo, de Santomera.

Antonio Lorea Caravaca y Miguel Sanchez Sanchez, profesor, D. Francisco Guirao, de Churra.

José Pagán Hermosilla y Antonio Alcaráz Moreno, profesor, D. Pascual Martinez Palao, de la escuela de la Misericordia.

Juan Jimenez Teruel, profesor, D. Miguel Garcia Casanova, del colegio de las Mercedes.

Mariano Ramos Garcia, profesor, D. Francisco Martinez.

31 niños; 10 á 20 pesetas y 21 á 15, *Total.* . 515

Niñas.

Amparo Moreno y Dolores Franco Garcia, profesora, D.^a Pastora Mateos, de Aljezares.

Genoveva Cabrera Gonzalez y Concha Hernandez Molina, profesora, D.^a Catalina Arnaez, de la Raya.

Cármén Carrión Valverde y Antonia Marin de la Rosa, profesora, D.^a Josefa Morote.

Ana María Jimenez Franco y Rosario Romero, profesora, D.^a Francisca Marsilla, de la Puebla de Soto.

Encarnación Barberá Martinez y María Barberá Serna, profesora, D.^a Rita Ballesteros, de Monteagudo.

Erminia Pina Rodriguez, profesora, D.^a Isabel Blanquer.

Josefa Garcia Soler, de la casa de Expósitos.

12 niñas, 4 á 20 pesetas y 8 á 15. *Total.* . 200

Niños con opción al premio de D. José Santiago Orts.

Antonio Ripoll Guardiola, profesor, D. Lesmes Gregorio de San Nicolás

Antonio Moñino Iniesta, profesor, D. Francisco Morote.

José Ródenas Caballero, profesor, D. Manuel Ponce.

Pablo Viñola Sanchez, profesor, D. Pascual Martinez Palao.

Fué agraciado el primero de dichos niños, ó sea Antonio Ripoll Guardiola.

4 niños opositores, 2 á 20 pesetas y 2 á 15, *Total.* 70

Resúmen de la data.

	<u>Pesetas.</u>
A los niños, premios en dinero.	515
A las niñas idem.	200
A los niños opositores al premio.	70
Libros para los niños y niñas.	390
Libros para los profesores.. . . .	90
Huérfanos.	140
Padres con ocho hijos.. . . .	130
Imposibilitados del trabajo.	300
Abuelos.	50
Artesanos jóvenes.	120
Viudas.	130
Hijos que mantienen á sus padres ó hermanos.	110
Limosnas.	297
Arreglo del Teatro é Instituto.	85
Tres reses para la Misericordia.	100
Orquesta.	30
Impresos, correo, portes y otros gastos.	75
<i>Total.</i>	<u>2832</u>

RESÚMEM

—=—

	Pesetas.
Cargo.	2820
Data.	2832

Los devocionarios de lujo con que fueron obsequiadas las Sras. Profesoras, así como la impresión de este folleto, constituyen el modesto donativo del Director de este periódico y mantenedor del Certámen; el cual hace constar aquí por tercera vez su agradecimiento á todos los que le han favorecido y ayudado para realizar una fiesta tan solemne y culta como la que ha echado ya raíces en esta ciudad por la cooperación de todos.

Han sido jurados de literatura:

D. Telesforo Crespo Cánovas.—D. José Gomez Diez.—
D. Agustin Hernandez del Aguila.—D. José Calvo.—Don
Agustin Abril.

Idem de la música:

D. Antonio Lopez Almagro.—D. José Incenga.—D. Ma-
riano Martin Salazar.

Para el reparto de premios en metálico:

D. Mariano Aguado.—D. Eduardo Lopez Chacón.—Don
Eleuterio Peñafiel.—D. Rafael Almazán.

Presidieron los exámenes:

El Sr. Provisor del Obispado, D. Gabriel Mallo.—Sr. Cura
de Santa María D. Bartolomé Lopez del Castillo.—Teniente

Alcalde D. Bernabé Gárles.—Profesor del Instituto D. José Calvo.—Inspector de escuelas D. Vicente Fernandez Olmeña.

Y la mesa presidencial, en el acto de la distribución de premios:

D. José Estéve, Presidente de la Diputación provincial.—D. Cesáreo Portillo, Brigadier.—D. Antonio Hernandez Almansa, Vice-presidente de la Diputación Provincial.—D. Bernabé Cárles, Teniente alcalde.—D. Vicente Fernandez Olmeña.

Y D. Pascual Martinez Palao, pronunció el discurso final, un discurso muy sentido, muy oportuno, muy poético y muy bueno.

Salud y felicidades á todos, y hasta el año que viene.

Josè Martinez Tornel.